Evocación literaria del wing

10.11.2026

Luis Rodeiro

Para Omar Hefling,
inmenso poeta.



Ilustración de Selene Cráteres para portada de Los boleros de Cursimé Lancolía (Omar Hefling, Ed. Alción)

La verdad es que no recuerdo si fue una noche de verano o de otoño, poco importa. Tampoco si fue un sueño o un encantamiento literario. Creo que la fecha fue en 1973. Sé que esa noche estaba solo. Mi compañera había viajado a Buenos Aires por razones de laburo. Y recuerdo que se me antojó una entraña a la parrilla, que solía comer en el Club de Industrias Mecánicas del Estado, el IME le decían los que lo tenían como un rincón feliz de amistad, de vino y de comida. No dudé, en la realidad o en la imaginación, tomé la Coronel Olmedo, desde Colón, caminando despacito, como gozando por anticipado, hasta la Bajada Caseros.

Cuando llegué, el boliche estaba lleno. Había que esperar en la puerta, hasta que se desocupara un lugar. De repente, veo que desde una mesa, una mano se levanta haciéndome seña. Cuando miro bien, veo que se trataba nada menos que del inmenso poeta que escribió por esos tiempos "Los boleros de Cursimé Lancolía" y "Las baladas del corazón rojo". Sí, Omar, el gran poeta cordobés.

En ese entonces trabajábamos juntos en un periódico y en una radio local. Lo saludé desde lejos, pero me hizo seña para que me acercara. Con la venia del mozo, me acerqué y nos saludamos con un fuerte abrazo. Yo sabía que él era asiduo visitante del Club, pero no había sido esa la causa de estar ahí. Como dije, fue la entraña a la parrilla que se me había antojado. Es más. Sabía que el Hefling, del que hablo, entre la realidad y la ficción con que se trabaja la literatura, allí habría conocido a un personaje de la noche, a otro poeta popular que le gustaba cantar. Sí, un cantor, algo debilitado por el vino, sin que afectara la creación, que cantaba sus boleros con pasión. Y que Omar, impactado por aquellas letras, con paciencia, fue pasando en limpio, dándole un orden, dotándolo de posiblemente breves correcciones, pero dejando intacta su poesía. Se llamaba, Cursimé Lancolía, según Hefling, del que se hizo compiche, palpitando con el sentimiento del cantor. ¿El amigo real de la historia o de la frondosa imaginación de nuestro escritor? Así es ciertamente la literatura, navega siempre entre la realidad y la ficción, como la relación entre el poeta Omar y el bolerista Cursimé, que en el texto de Hefling, aparecía con la dulzura del deseo que decía que "si volviera a ser un niño / miraría hacia los cielos para verte / Señor de los sueños perdidos".

En el relato, Lancolía, fue un autor popular, creativo y sentimental. No era un improvisado, Omar encontraba huellas indelebles de poetas famosos en sus creaciones, de la talla de un Onetti, de un Gelman, de Daniel, sí del Salzano, incluso de cantones consagrados como Caetano Veloso o Silvio Rodríguez. Compuestos con el elixir del vino, del que era afecto Cursimé, subrayado en el relato, en papeles que se perdían o que estaban manchados por el tinto, pero que estaban rigurosamente guardados en su memoria. En verdad, nunca nadie supo si Cursimé Lancolía era real o quizás un apodo artístico -mantenido oculto- con que jugaba Omar. Pero lo cierto, lo innegable que el libro con esos boleros, supuestamente recopilados por nuestro amigo y poeta, son de una increíble belleza.

Un día, cuenta Omar, no lo vio más. "En el bar nadie me dijo gran cosa, alguien contó que un amigo le había dicho que se había muerto de frío en la calle y otro daba por cierto un rumor sobre un accidente, que unos jóvenes lo habían atropellado con un auto y otro me dijo que simplemente el deseo de Cursimé fue escapar de esta ciudad que no supo quererlo para buscar otros rumbos. "Yo tengo un sueño salvaje –me comentó antes de desaparecer- ... otra noche se los cuento". Qué final Hefling y habrá que esperar.

Pero me fui por las ramas. Yo quería contar, cuando me senté en esa mesa, otro milagro para mí más cercano que aconteció en ese encuentro. Omar estaba sentado frente a frente con un reconocido futbolista que, curiosamente, yo futbolero empedernido, no

conocía, y que ahora se veía con más años, más gordo y pelado, que lo había invitado a su vez, a sentarse a su mesa generosamente, como a mí. Incluso nos había pedido que no nos fuéramos, para lo que le pidió al mozo que trajera otro tinto, que ante un ademán nuestro de pagarlo, dijo "yo invito, faltaba más". Quería hablar, quería escuchas para su desamparo, para su pérdida irreparable.

Me pareció que el Tanito, como se presentó, requería oídos para hablar de fútbol. Pero más que de fútbol en general, quería fundamentalmente rescatar al wing que había sido y a todos los punteros que evocaba y representaba. Omar le prestaba una inmensa atención para no perder ni una sola palabra de su descarga emocional.

El Tanito sostenía, no sin inmensa nostalgia, en la supuesta transcripción creativa posterior de Hefling, que antes que llegara la televisión, el espectáculo del fútbol era el wing. "Antes el espectáculo era el wing... entre la línea de cal y la tribuna se dilucidaba el drama humano, la pasión, las emociones, la creación", decía ante nuestro silencio de oidores. Y con otro tinto, esta vez pagado por nosotros, hablamos toda la noche de esa mala suerte del wing perdido, que para el Tanito había sido la esencia misma del fútbol.

Yo rompí mi silencio y aporté que cuando de pibe me hice pirata y desde la platea que era lo que estaba más cerca de la cancha, no me cansé de gozar la habilidad del Cartuchera Carrizo, de la rapidez de la Gallina Bernabeu, de las bicicletas de la Milonguita Heredia. Y compartía de esa manera con lo que lamentaba el Tanito.

Sin duda, la incógnita quedará para siempre, si el wing de Omar tenía real encarnadura o era otra de las fantasías perfectas que tenía mi amigo, el poeta, en sus aventuras literarias. Realidad y ficción, semillas de la literatura. ¿Hefling habrá jugado de wing?, me preguntaba cuando leía tiempo después su crónica.

No podía dejar de asumir la belleza que el Omar ponía en el supuesto recuerdo del Tanito, cuando aclaraba que él no era religioso, pero creía "que si Dios hubiera sido jugador de fulbo, habría sido un wing, mire lo que le digo, porque ahí se ven los creadores" y remataba con una suerte de oración mundana: "un wing no se inventa, viejo: siempre en la raya, es su ley. Un pacto de sangre con la raya y la tribuna porque no hay otra cosa más importante que el hincha".

Inmensa crónica del Omar. Inmensa alegoría de Hefling. No en vano, Eduardo Galeano, evoca al "loco" Garrincha, que cuando jugaba, "el campo era un picadero de circo: la bola, un bicho amaestrado; el partido, una invitación a la fiesta". Cuando Vinicius de Moraes, sostiene que Garrincha, era "el puntero más rápido que el propio pensamiento, dribla dos veces más, la bola danza, feliz en sus pies, ¡los pies del viento!". Y Antonio

Lobo Antunez rescata "esa lenta cadencia que atravesaba a los rivales, ese baile de ballet sobre la línea, ese encerramiento que le abría la cancha y lo guiaban al área, al arco, a la tierra soñada". Wing: "amague, velocidad, picardía, audacia, mostrar y esconder, pisar y picar y salir como un rayo, evocaba el Tanito, que según él y no para mandarse la parte aclaraba que "hasta las minas preferían a los wines".

Cuando se hubo acabado el vino, cuando habíamos compartido todo el dolor del Tanito, aparece de repente Jorge Felippa, el amigo del Omar, que lo saluda como si hubiere estado presente, como "un wing con el alma en orsai" y cuando le contamos el tema de nuestra conversa, le aconseja a nuestro poeta que si alguna vez "tuviera que elegirse otro oficio, Hefling, no dude, elija ser wing, aunque sea una raza que se extingue como el bolero, el tango y las ideologías... Usted quédese ahí, en el límite, contra la raya, en los aledaños, trepado a la cornisa".

Entonces, cuando había terminado el partido, como el director técnico del Tanito, le miré al Omar sus zapatos, para ver si no encontraba huellas de cal.



Luis Rodeiro

Contame-la →
